

ULTIMO CAPITULO PROCELOSO

MARTA Abreu está en París de nuevo. Ha encanecido ya su cabellera bruna. Se ha empapado de nostalgias la suavidad de su mirada, hecha a ver las almas. Pero la prestancia noble, erguida en la entereza de sus sesenta años, tiene aún la gallardía de su elegancia. Pulida y atildada, celosa de la corrección de su atuendo, exhibe la arrogancia matronil que ha sido, en la naturalidad de su señorío, la gracia de su persona. No se siente ni demasiado caduca ni en exceso libre del peso de los años. Contempla ya su vida con el dolor de no verla, en lo que atañe a la intimidad de su espíritu, completamente lograda. Por de fuera, al extravasar en obras innumerables y munifices, en la larga caridad de sus bondades, el fuego de amor puro que le ilumina el alma, su vida ha sido fecunda y gloriosa. Pero ¿por qué allá, en lo hondo, donde se retuerce la raíz del suspiro, una voz triste alza, para ella sola, para los solos oídos de su espíritu, una congoja amarga?

Atareadísima es la vida de Marta, muy solicitada ahora por mil cuidados menudos y enormes, por mil afanes diarios a que ha de atender con el celo el "exceso" bendito, que pone en el servicio a los demás.

Es Noviembre de 1906. La llovizna fría de París, que procura a la gracia de perspectivas de la ciudad maravillosa y a la piedra de la geometría urbana una pátina de ensueño, tamiza la luz y la sutiliza. El frío penetra los huesos. Hay ráfagas de aire que llegan desde los cuatro puntos cardinales y se olvidan de aquella gracia de brisa caribe que Marta quisiera para orear el alma... Marta sale diariamente. Tiene mucho que hacer. Rosalía está en Cuba, Rosa en España. Y por dolorosas razones, Pedro, víctima de un drama íntimo, está con ella y su padre. Y con todos ellos los tres hijos pequeños de Pedro, los nietos de Marta.

Madre, hermana, esposa, abuela. ¡Cuántas preocupaciones, cuánto desvelo para un corazón que se desborda en el amor de los sentimientos nobles! Marta es una mujer que posee una inmensa capacidad de amor.

Siempre tuvo para los suyos, desde la adolescencia en veneración de los padres, un amor patente en miles de primores de cariño, de delicadeza y de ternura, ahora, abuela ya, se le ha ablandado aún más ese declive hacia el sentimentalismo del que se ha apartado siempre con la entereza de la naturalidad. Quizá las dolorosas circunstancias íntimas que circundan su condición de abuela al tiempo que le gravitan sobre la ternura, acreciéndola en amor a los nietos por amor y piedad del hijo, la acorazan contra sensiblerías que nunca la ganaron en el activo ajetreo de su vida.

Tiene Marta mucho que hacer y muchos quehaceres en París. Don Luis, Pedro, sus tres nietos... Y Rosa y Rosalía que, desde lejos, se insertan en su corazón y en sus ciudadanos... Sale a la calle de compras, de encargos; el ajuar, la habilitación conveniente y rigurosa en la exacta corrección que pone ella en todas las cosas, exigen muchas atenciones, numerosos afanes. Llega a su casa fatigada después de su deambulación callejera. Casi sin tiempo de componer para el sosiego su atuendo; a veces, a veces, sin más plazo que el de quitarse el sombrero para sentarse a la mesa. Pero todo este tráfigo la hunde en un consuelo de olvido. Ya son muchas las cosas que le duelen en el corazón. El mal suceso de las bodas de su hijo, que encona y agranda el de las de su hermana Rosalía, la lejanía tremenda de Cuba, ahora acaso dramatizada para siempre, y una a modo de pesadumbre del tiempo, de vaga y aterrizante aprensión de que ha de acabar la vida, que cada vez va siendo más frecuente inquietud de sus cogitaciones, combaten el gran ánimo de la muy animosa. Y se entrega con más obseso afán del que supone a la tarea menuda y vasta: encargos que debe enviar, por mediación de su amiga Susana Benítez, a Rosalía; los que le ha hecho Rosa; vestidos para ella, para los nietos y detalles y objetos que hacen falta para su generoso modo de acondicionar la vida de los suyos...

El callejeo de Marta es siempre una labor. Es siempre un servicio. Regresa a casa y es como una hada madrina que reparte los dones venturosos de la vida. A veces, sin embargo, se siente fatigada. Hay como un vago anuncio de senectud incipiente. Pero su gran al-

5
2

ma lo desecha, lo aparta a un lado, la elude y lo evade. Y otra vez, el ajeteo, el desdoblarse para darse a los demás sin perderse a sí misma...

En Noviembre de 1906 prepara Marta en París un viaje de toda su gente. Y pone en ello la múltiple buena atención que ha sido una de sus mejores dotes organizadoras. Se le van las horas y, por fortuna, con ellas se le van también los malos presentimientos.

LA GRAN CONGOJA

La congoja honda, el dolor mayor en estos momentos es el drama de su hijo. Siempre ha sido su entrañable obsesión la vida de Pedro. Cuando en los años en que él moceaba galán y lozaneaba su buena presencia en carro y tertulia de señoritas parisinas, de temporadistas en Vichy y cuando hasta el propio don Luis, como sabemos, rumbeaba su rumbo de criollo rumbero y halagador "creyéndose aún en edad para conquistar", Marta Abreu temía que su hijo pudiera casarse "demasiado joven".

Ella no casó demasiado joven. Su experiencia y su vida parece que abonan en su mente su argumentación. Teme que Pedro se case inexperto y poco preparado. Y su instinto de madre le hacía ver la gran posibilidad de que, contra su deseo, Pedro casase demasiado joven.

En 1898, en carta que escribe desde Nueva York a Teresita, su "siempre muy querida e inolvidable amiga", en Diciembre asoman estas dudas y significativas inconformidades de Marta, sometidas, al cabo, al grande y bondadoso amor en su expresión vital más pura. Dice, por ejemplo:

"Ya allí le habrán informado de cómo fué nuestra venida aquí por el matrimonio de Pedro, que se le propuso no esperar nuestro regreso a Cuba como nosotros le proponíamos y como hubiera sido más juicioso" Y luego esto otro, que es enormemente revelador: "Y para concluir le doy la noticia de que dentro de seis meses seré abuela, pues ya la nieta, que creo es lo que será, tiene tres meses de existencia. A la verdad que no me hace mucha gracia la precipitación con que se ha formado esta familia que pronto estará compuesta "de tres muchachos".

El lastre de la alegría se advierte patente. Hay en esas palabras la realidad de una inquietud que explica la inconformidad. Lo salva todo, naturalmente, y lo vivifica en gracias nuevas la bondad de aquel gran corazón. Pero el latido hondo, la congoja vaga se perciben indudables.

VIAJE ACCIDENTADO

Cumplidos todos los menesteres, hechos con primor todos los preparativos, la familia emprendió, el mes de diciembre de 1906, su viaje. Primera etapa: San Juan de Luz. Fueron desdichados el arribo y la estancia. Se desató un furioso temporal de viento y agua. Una tempestad espantosa. Un cataclismo que tuvo consecuencias malísimas. Marta cayó enferma. Gripe, diagnosticaron los médicos y ella estuvo en la creencia de que la había contraído en París. Los niños, los tres nietos, enfermaron de catarro con mucha fiebre. Era preciso poner término a aquella situación. Pasaban las semanas y los nietos y la abuela no hallaban mejoría. Con la aquiescencia médica, determinaron trasladarse a Madrid. "Salimos de los cuartos para tomar el tren", le escribió meses más tarde a Teresa Quijano.

No le fué propicio Madrid aquella vez a Marta. Lejos de mejorar, empeoró. Los grandes frios no le sentaban. Recluida y enferma, quizá se le agudizarían ciertas aprensiones a que habremos de referirnos más adelante. Desde Málaga, la templada, Rosa, que vivía allí hacía ya algún tiempo, urgía a Marta a que se trasladase a aquel clima, que es el mejor del mundo. Debían ella, su marido, su hijo y sus nietos llegarse hasta Málaga, donde seguramente todos se sentirían sanos y saludables, por ser lugar donde la enfermedad no halla coyuntura. Al fin determinaron seguir el consejo. Y emprendieron desde Madrid viaje a Málaga la bella.

Corría el tren por la parda tierra de Castilla, por la tierra bendita de España, llevando a Marta y los suyos desde el frío agresivo de Madrid hacia el paradisíaco clima malagueño. Pero súbitamente, por alguna avería de que no ha quedado detalle exacto, descarriló la locomotora. Detúvose el convoy. Los hados eran propicios en aquellos días a la familia Estévez. Entre montañas detenidos, en medio de un frío atroz, pasaron la noche los viajeros. Y durante unas horas, la leyenda, la mitad de la historia española, torturó el magín y la sensibilidad de la gran villaclareña. Los bandidos; esa cosa a la vez bizarra y lamentable, magnífica y peligrosa, española y antiespañola —españolidad y españolada— que son los famosos "bandidos de la Sierra", aterrorizó a los accidentados viajeros. Marta pensó en la inminencia de un ataque y el subsiguiente desvalijo; acaso creyó que el descarriamiento era provocado y preparado por los bandoleros, el pró-

3

logo y el anuncio. Pasó largas horas atemorizada, aterida, febril, bajo las estrellas temblorosas. Le quedó en la mente el recuerdo de su espanto, de que es testimonio una de sus cartas a Teresa. ¿Debió en aquellos momentos pensar en Cuba, en la lejana tierra de la comarca villaclareña, en su confortable retiro de "San Francisco", tan en contraste con aquella zozobra de toda índole que estaba viviendo tan lejos de su patria y del ideal que había "construido" para apacible sosiego de su vejez?

Concedamos a la benefactora un derecho de queja contra el tiempo, su malhechor. Este era el gran bandolero en el cual, sin embargo, es casi seguro que ella, tan vividera, en su ansias creadoras y gozosas, no quiso pensar en aquellos instantes de la noche en desdoblado. Pero le erizaron la sensibilidad todos los peligros imaginados, todas las naturales inclemencias de un clima frío y de un descampado inhóspito. No debía ser muy satisfactoria su situación de ánimo cuando, con su esposo, su hijo y sus nietos, llegó finalmente a Málaga.

INFLUJO DE MALAGA

Todos se sentían, con la fatiga al hombro, exhaustos, adoloridos. Pero Málaga, que es galana y gentil y morena, tostada al sol en la delicia de una playa, aristocracia de lo gitano y gitanería de la elegancia, les acogió propicia. Y habituada ya al bien, como la propia Marta dadivosa, fué con ella benefactora y solícita. Marta y Málaga se entendieron bien. No fué, sin embargo, cosa hacendera y llana. las dolencias de Marta —luego nos referiremos a ellas con más detalle— se habían agravado con la terrible peripecia del viaje después de la incómoda estancia en Madrid. Pasaron largas semanas antes de que Málaga pudiese sonreírle a plena faz y sin recelos. Pero, al cabo, el milagro se hizo. Leamos lo que con fecha de 22 de abril de 1907, después de veinte o veinticinco días de sentirse plenamente restablecida, le escribe a su siempre inolvidable amiga:

"Ahora bien, aquí (a Málaga) vinimos buscando un clima templado para pasar el invierno y porque Rosa, que adora esto porque en Europa es lo más parecido a Cuba

que ha encontrado, nos animaba a venir y nos prometía que no nos pesaría y en verdad que tenía razón, y la prueba es que el invierno, que ha sido en todas partes tan fuerte, aquí ha sido benigno. Y además la gente de aquí es muy fino y sumamente amable, sencillos y francos, y como Rosa está aquí muy bien relacionada y muy querida, a nosotros nos han hecho una acogida muy amable; todas sus amistades se han creído en el deber de venir a visitarnos sin esperar a que nosotros nos ofreciésemos. Como usted ve, más cordialidad no es posible tener con unos extranjeros, y cubanos, por añadidura".

Ya Marta se palpa el alma de nuevo. Y se siente de nuevo, después de las inquietudes, las enfermedades y las zozobras, asegurada en la plena reciedumbre de su andadura. Es la de siempre: animosa, muy adentrada en las razones sensoriales, en las sensuales delicias de la vida, en paz con su conciencia contenta de vivir y empeñosa de hacerlo de la mejor manera. Y se le van por los puntos de la pluma las cardinales apetencias de su vitalidad:

"Tenemos una temperatura ahora sumamente agradable y por todo esto que le cuento, reunido con mi casita que habito aquí, que es muy cómoda, muy mona y muy limpia, siento dejar esta ciudad para andar por otras rodando por hoteles más o menos incómodos y con los niños, que es peor".

LA ABUELA

Los niños, los nietos. He ahí una de las mayores preocupaciones. Es abuela con aquella gran bondad amorosa que ha puesto —y que es inagotable— en todas las cosas de su vida. Su sangre, en la de sus nietos, la siente en el latido de sus venas. Se entrega al cuidado y amor de los pequeñuelos con una minucia cuidadosa y tierna.

"Los niños, muy bien, han crecido bastante, están gruesos y muy rosados, juegan mucho en la bonita playa que hay aquí y eso les ha hecho mucho bien; son otros".

Por los nietos, sin regateo, sin reservas, hará Marta todos los sacrificios, todas las renunciaciones, entregada ya a su condición de abuela que le dobla la augusta categoría de matrona.

"Habíamos pensado ir a Sevilla para ver la Semana Santa y la Feria que tiene tanta nombradía, pero nos aconsejaron que no lleváramos los niños, porque con la aglomeración de gente para esas fiestas, siempre se desarrolla alguna epidemia de esas que hay en todas las poblaciones y que toman



5

incremento en momentos dados como esos. Y así, por no dejar los niños, aunque Rosa me ofrecía quedarse con ellos, preferí no ir y ya empiezo a hacer sacrificios por los nietos, pues verdaderamente deseaba ir a ver la Semana Santa a Sevilla".

De nuevo una carta suya es un espejo de su alma. ¡Qué vitalidad, qué natural manera de entender y practicar la vida! Como siempre, no hay ni gazmoñería, ni hipócrita y fingida abnegación en su conducta. Como sus caridades y sus donaciones, sus actos de amor de abuela obedecen a un criterio, a una conciencia; si hace un sacrificio, no niega que lo es; no pretende acrisolarlo como una natural tendencia de su alma ni como un gusto que experimenta al realizarlo; lo meritorio parece ser, en su criterio, precisamente hacer algo porque es un sacrificio. Y no vela con pudores falsos la naturaleza del hecho —aunque lo presente como una orden dictada por ella—. Con certera visión y con

sincero propósito marca la línea a que ha de obedecer desde ahora su vida: "Ya empiezo a hacer sacrificios por mis nietos."

En Málaga, aparte sus propios achaques de que la repuso la benignidad del clima, tuvo que lamentarse Marta de los de su cuñado, el eminente doctor Grancher, el marido de Rosa, allí enfermísimo y muy grave. No pudo atender a Marta, porque, como ella dice en su carta, "estaba peor" que ella. El doctor Grancher no tardó, efectivamente, en morir y tampoco pudo atender, por esta causa, a su cuñada en su última enfermedad.

La bella ciudad andaluza significó en la vida de Marta Abreu —y bien claro resalta el testimonio de la propia cubana ilustre— un retorno, tanto como a la buena salud, al pleno y normal equilibrio de sus potencias espirituales. Serenó de nuevo su conturbado y combatido espíritu y la insertó en un clima de reconciliación con la vida, de la que Marta —digámoslo una vez más— fué amantísima.

EL ALMA EN SILENCIO

En la cumbre nevada de los años, no recogía Marta —ni avizoraba seguridad de cosecha— los frutos que hubieran podido satisfacer los ideales de su intimidad. Todas esas preocupaciones que por entonces embargaban su ánimo, sus pensamientos y su acción, pesaban en su espíritu, a pesar del buen brio genioso con que pretendía, en natural obediencia a su temperamento, bogar con la misma pujanza que siempre por la procela de la vida. Es natural, es humano, que a veces, al pensar en su situación, en la trafagosa exis-

4

tencia que le tocaba llevar por aquellos años, transidos de disgustos, lastrados de pesadumbres, nostalgias con melancolía aquella otra vida que había ambicionado, que pensase con amargura en su casa grandes de "San Francisco", en la casa nueva de Santa Clara, no habitada todavía...

Rodeada de lujo y de riqueza, acaso su alma se dolía como en una angustia nueva, indecible, honda... En la carta cuyos son los párrafos últimamente transcritos, esa honda queja sube a flor de signo y exhala su razón: "¡Ay! Cuánto deseamos que concluya todo esto; pero no será del todo nunca; cuando hay hijos de por medio, siempre hay batallas y disgustos. ¡Qué se va a hacer, esto nos estaba reservado para nuestra vejez!"

El admirable y recio temple de Marta se transparenta en la sincera confianza. "No se acabará nunca", "¡Qué le vamos a hacer!" Se abraza a su cruz. Dispuesta está a seguir todo ese camino que contrariamente a lo que había imaginado, a lo que había "construido" para su vejez, le ha reservado Dios. No rehuirá la tarea, no se detendrá fatigada al margen de la ruta. No se acabará nunca. Resueltamente afronta la realidad de su destino.

ANÁLISIS ESPECTRAL

Tales eran, hasta donde podemos colegirlas, las "imponderables" circunstancias ambientales que rodeaban a Marta cuando hacia el mes de mayo de aquel año 1907 abandonó su casa, ya tan querida, de Málaga. Después de una breve estancia en Madrid, debieron ella y don Luis realizar su temporada terapéutica y balnearia en Dax antes de instalarse nuevamente en París.

La vida en la capital francesa, por razón de muchas causas, en su mayoría hijas de la propia idiosincrasia de Marta, no había sido nunca para ella demasiado mundana y exterior, aun sin dejar de cumplir las estrictas e inevitables obligaciones sociales a que su posición la sometía. No parece que nunca hubiese sido mujer de aficiones mundanas ni demasiadas amigas de diversiones. Berta Arocena ha comentado sutilmente la cultura de Marta, creída de que "no sobrepasó los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época". Y de Berta Arocena son también estos comentarios: "En Cambó, Pirineos Orientales, bien llamado el asilo de los poetas, era Marta vecina de Edmundo Rostand. Con esta carta delante nos atrevemos a afirmar que Marta Abreu no se interesó por la literatura. Ni siquiera hace al autor de Cyrano y Chantecler una referen-

5

cia". El juicio es muy de considerar porque quien lo emita se muestra en un "reportaje nervioso" sincera y devota admiradora de Marta.

No se hallan en efecto, vestigios y rastros de afición a la literatura y a las bellas artes, al teatro y a los conciertos, a las exposiciones y certámenes, en las cartas de Marta Abreu. No demuestra tampoco en las que de ellas —Estrada Palma, a Teresa Quijano— conocemos una cultura superior y refinada. Las preocupaciones de Marta Abreu, sus hábitos y sus gustos fueron otros. Tenía —si se nos permite la expresión— una cultura natural, ingénita, con ella nacida y para ella viva. Una cultura de especie biológica y temperamental. Hay cultos sin cultura, como hay personas de cultura medianamente cultas. Recuérdese la expresión del admirable escritor Chesterton después de haber hablado con unos pastores montaraces en la serranía de Castilla: "¿Qué cultos son estos analfabetos!" Marta Abreu no fué seguramente lo que hoy entendemos por una mujer culta, que no es precisamente lo que entienden muchas personas que se creen cultas. Pero lo fué en la medida que requería su misión, en la que suplía su gran sensibilidad. Por lo demás, su estilo epistolar, que no pasa de casi correcto y alterado a veces por la agresión de los "que" entrometidos, denota una fluidez bastante y, en ocasiones alardea con las gracias donosas de una risueña imaginación, de una vivacidad —que no viveza— de ingenio suficientes para acreditar un nivel culto, no ínfimo. Sabido es, además, que en su juventud —y es de suponer que en toda edad— frecuentó las lecturas y que en los años de sus mayores preocupaciones patrióticas fué asidua lectora de la prensa. Todo ello le procuró a su claro entendimiento el bagaje necesario, sino excesivo suficiente, con que poder mantener al lado de hombre de tanta cultura como don Luis Estévez, el rango que le correspondía.

Pero lo cierto es, en efecto, que de sus estancias en ciudades como París, Madrid, Chicago, Nueva York y Filadelfia, no dejó memoria de que le hubiesen llamado la atención espectáculos, actos y fiestas de arte.

Si esto fué así durante sus viajes y sus afanes anteriores, es lógico suponer que mucho más había de serlo durante su nueva estancia en París. Los disgustos, las contrariedades, los muchos cuidados de los nietos, habían de retraerla aún más de lo acostumbrado. Y la muerte del doctor Grancher, su cuñado, dejando en yjudez a Rosa, hubo de acentuar aún el retraimiento.

Vivía, pues, Marta Abreu muy encerrada en sí y en su casa, en medio de un París que era ya la

5

luz del mundo en ufanía de urbe cosmopolita y ruidosa, cuando le acometieron implacables los achaques que había de llevarla al sepulcro.

CASI METABOLISMO

Aunque no puede afirmarse que la salud de Marta Abreu fué precaria, no puede tampoco creerse que fué, ni mucho menos, perfecta. Debió sufrir esa terrible condición de los enfermos crónicos que ni gustan demasiado a los médicos ni conmueven mucho a los prójimos que les ven "cada vez mejor". Su gran temperamento, su capacidad de sufrir, propia de todas las almas piadosas, le dieron fortaleza de sobreponerse a sus dolamas. Pero que éstas existieron pertinaces, es indudable. Sus temporadas termales en Vichy, en otros balnearios, y en Dax, "para tomar los baños de fango" para el reuma, lo demuestran sin lugar a dudas.

En mujer tan poco quejosa y de tan animoso brío como ella, son, por lo mismo, muy de tener en cuenta, por lo demás, algunas expresiones que, en relación con su salud, destacan en sus cartas. Los climas fríos, los inviernos rigurosos la afectaban mucho y la aquejaban con catarros y fiebres y con un general decaimiento. En 1896 se refiere en varias ocasiones a esto. Habla de "lo dichosa que he pasado el invierno (Febrero) y exclama "ya pasó el invierno, que bien me ha hecho sufrir" (París, 16 de Abril).

Pero, todo esto es evidente, cierto es que no fué mujer de enfermiza temperancia ni adolecía de continuos achaques. Sufrió del reuma y de enfermedades gástricas, sin que, en realidad, hasta ya bastante entrada en años, pasase por el trance de graves dolencias alarmantes y peligrosas.

Si los testimonios de sus cartas, amén de los informes y noticias de sus biógrafos, son de tener en cuenta, se puede afirmar que Marta no era mujer que, enferma o no, se sintiese en achaque o en salud, muy inclinada a pensar en la muerte.

La hemos visto siempre muy cuidadosa de todo cuidado de una vida cómoda, grata. Le espantan los hoteles "más o menos incómodos", ama las cosas y las casas limpias, buenas, alegres, despejadas. Siempre atiende al menester de la buena vida, en el sentido normal y bello de la palabra, y jamás en sus dolores y en sus amarguras evoca a la muerte.

Era vividera. No embozaba su amor a la vida. Con la conciencia limpia, benefactora pródiga, y con medios para serlo en abundancia, feliz en su hogar y cuando desgraciada bastante fuerte para serlo en amor de los suyos, por qué iba a desamar la vida, por qué ha-



5

6

1000074

bia de desear la muerte? No solo no la deseaba, sino que la temía. Apartaba con horror su pensamiento de la muerte y cabe colegir, por lo que después diremos, que le indignaba la seguridad de que un día no había de ser más que hueso mondo roído de gusanos. Su natural concepto de bien, su plena vivencia en la bondad absoluta, justifican esta aversión y tan patente en el vivir de Marta.

Quizá por eso se explican mejor y explican mejor a ella las tremendas aprensiones que, pasada la cincuenta, empezaron a atormentarla agravando con su pesadumbre sus achaques y sus dolencias. Puede rastrearse el incremento que este especial estado de ánimo fué asumiendo a medida de los años en su tantas veces citada correspondencia con la ejemplar Teresa Quijano.

Lo que al principio no son más que alusiones tangentes, fortuitas, de pasada y como sin dar importancia a lo ocurrido, se torna después en angustia casi desesperada, en temor dramático. La idea de morir la aterra. Solivianta, atormenta y desespera su temperamental carácter vividero.

En la carta que el 3 de diciembre de 1898 escribe a su amiga desde Nueva York, dice: "Mucho antes le hubiera escrito, pero he tenido un fuerte catarro que me ha atacado mucho la vista y, como tengo los ojos algo delicados de algún tiempo acá, cuando se me congestionan me ha aconsejado el oculista que me ha visto, que no escriba ni lea ni haga nada que me haga fijar la vista hasta que los ojos vuelvan a su estado normal; y como temo mucho perder la vista, sigo estrictamente sus consejos, pues he pasado ya muy malos ratos con esa idea".

El proceso de la aprensión está clarísimo. De un catarro al tormento de "verse ciega". De la molestia catarral al espanto de una ceguera posible. A los 53 años de edad, Marta Abreu, siente abierta ante su avidez vital la insondable y negra sima de la ceguera. Y se acongoja y tiembla y se guarece tímida y acobardada, aprensiva, amilanada, se abroquela en la exageración de las precauciones temerosas.

Pasan los años y este proceso va hincando sus garfios en el ánimo valeroso de la valerosa Marta, ya menos valiente, más abrumada de temores cuando mira hacia el futuro. En 1907, en Málaga, pasada la tormenta de sus dolencias y achaques, que fué mayor y más prolongada, al rememorar en excusa a la amiga por su largo silencio, la larga temporada de sus enfermedades, esta gran aprensión que le roe el silencio y le invalida el conhorto, asoma inequívoca:

"Lo mismo me ha pasado a mí —escribía—; he estado tan mala, que íbamos a hacer venir al especialista de la garganta. La grippe me puso sorda, perdí el olfato, el paladar y completamente el apetito; en fin, mi estado era desesperante y Grancher no podía verme, porque estaba tan mal como yo. Pues así he estado hasta hace unos veinte o veinticinco días que he acabado de recuperar todo lo perdido. Y lo peor que tenía y que me hizo perder el sueño completamente, fué una impresión terrible: creía tener un cáncer en la garganta. ¡Ay! amiga mía, qué días y qué noches he pasado con esa impresión tan fuerte que no podía separar de mi mente, tan mal me veía y sentía mi garganta, de nada me servía la opinión del médico

que me asistía y venía a curarme la garganta, yo siempre seguía en mi idea, la falta de paladar era una de las cosas que más me lo hacía creer, en fin, tan larga de contar esta enfermedad que me ha echado años encima, que la aplazo para cuando nos veamos".

Obsérvese, ante todo, lo significativo que desalta el empleo en ese desordenado párrafo acelerado por la obsesión, del adverbio "desesperante" en lugar del adjetivo "desesperado". No habla de que su caso, por lo grave, fuese, como suele decirse, desesperado; lo califica de desesperante. El matiz, aflorado quizá a la superficie de confesión por dictamen de lo subconsciente, es expresivo en grado insuperable. Desesperante; desesperada ella, porque el caso era desesperante.

TEMOR A LA MUERTE

Hacia unos años las desesperó la idea tenebrosa de la ceguera; ahora, la del cáncer. El hondo camino andado por la aprensión ha dejado honda huella en su naturaleza. Se asustaba ya en cuanto se sentía enferma y siempre temía lo peor. La idea de morir la aterraba. Por un lado, la insobornable naturaleza de sus vivencias aprensivas y, por otro, las nuevas obligaciones a que sentía vocada, la rebelaban contra la certeza de su morir.

Puede ser que la tremenda aprensión de aquellos tiempos naciera ese horror de morir que la obsesionó durante los últimos años. Pero es muy posible también que, por el contrario, de este horror a la muerte naciese, acrecentándose progresivamente a impulso de las circunstancias exteriores, su dramatismo aprensivo. ¿Y por que no contar también, entre las causas determinantes, la lejanía de Cuba y, sobre todo, de Cuba, la siempre amadísima, vivida según ella había imaginado en el disfrute de un retiro grato y beato y viéndola medrar en la eficacia de su libertad?

Lo positivo es que era presa del pánico aprensivo, que es el más dramático y doloroso y terrible de todos los pánicos. Cumplidos ya largamente los sesenta años, se encaraba con la muerte y sentía el agravio de su aliento, el estridente rechinar de su guadaña. Y quería huir y se rebelaba contra la idea de desaparecer con ella. Cualquiera señal le parecía el llamamiento inesquivable. ¿Por qué caminos llega la Pálida y con qué modos y maneras se anuncia y nos arrastra? El oscuro enigma empezó a torturar el ánimo de Marta que había dado siempre a la vida rostro franco. Le volvía el rostro a la Muerte. A sus años, con nietos y disgustos a cuestas, quería ¡admirable Marta! vivir, vivir sin pensar en la muerte. ~~su~~ hipoteca sobre el tiempo; vivir la intensidad plena de la vida, porque, al cabo, lo mejor que entre sus cosas buenas y peores ofrece la vida, es la realidad de vivirla.

¿Por dónde viene la muerte tan callando? el verso del poeta doliente era pregunta en fuego sobre el alma de Marta. Llegó positivamente a ser una obsesión. Como si quisiera estar preparada para un combate, irreparablemente perdido si el enemigo la sorprendía desprevenida. ¿Cómo se anuncia la muerte ¿Cómo se la siente llegar? ¡Ah! el tremendo enigma movía en el hondo silencio de Marta —porque esta aprensión de la muerte se encierra en mudez— tempestades dramáticas.

De pronto surgió coyuntura para que el íntimo dolorido sentir cobrara expresión. Se abrió un resquicio por donde podía llegar hasta el alma de Marta la respuesta tremenda. Allá, en la Habana, había fallecido un pariente cercano de su siempre amiga Teresita. Marta escribió una carta de pésame sincero, noble y piadoso. Pero, la gran obsesión se desbordó impetuosa:

"Mucho deseo tener noticias de ustedes, y sobre todo pormenores de la desgracia ocurrida, por saber si él seió morir, porque para mí, por resignado y buen cristiano que sea uno, el verse ir del lado de las personas queridas debe ser terrible, así yo espero que habiendo sido él tan bueno, Dios le habrá mandado una muerte tranquila y sin darse él cuenta".

Ya, acongojada por la obsesión, parecía rendirse. Quisiera saber que no se sabe cómo se fuere. Quisiera asegurarse en su esperanza de que no sabrá que se muera mientras esté muriendo. Que se la lleven sin que lo sepa, sin que se sienta morir, sin que se dé cuenta de que va a cerrar los ojos a todas las cosas bellas de la vida, a las personas a quienes ama, a todo este mundo que el Señor hizo tan hermoso. No; no se resigna. Pero puesto que no puede vencer, puesto que es irremediable el trance postrimero, que Dios y la muerte se lo deparen tranquilo y sin que ella se dé cuenta de que se va "del lado de las personas queridas".

Advértase, para calibrar el vitalismo temperamental, el sensorial temperamento de Marta, qué lejos, qué diametralmente opuesto

al concepto de la muerte como aspiración fervorosa de los místicos, es este temor suyo, más que la muerte, a sentirse morir, a saber que está muriendo. Porque en la vida ella no sentía morir, porque vivía intensamente, plenamente en su vida y en la de los demás. Por ella, si pedía una muerte callada, quieta, sin previo y tremendo signo, no podía hacerlo con las palabras transidas de eternidad del poeta: para que el placer de morir no le hiciese entender que estaba perdiendo el goce —el noble, santo y puro goce— de vivir.

Quería saber, quería estar segura de que, por lo menos, "se iría" ignorando que se iba, sin sentirse morir. Esa preocupación pudo más que ella y le dictó esas palabras que hemos copiado. Quizá inmediatamente advirtió lo que, para quienes las recibían, en momentos de aflicción y de desgracia, podían tener de inoportunas e impertinentes; pero aún así y por si esta causa pudiese correr el riesgo de quedarse sin la respuesta que es el desesperado y "desesperante" afán de su espíritu, insitia:

"Yo no pido que Renée me escriba, porque la supongo entregada a usted, pero si agradecería mucho que alguna otra persona, sus sobrinas, me pusieran unas líneas diciéndome lo que deseo saber".

No cabe duda. A sus habituales delicadezas, a su exquisito tacto tan extremado en el primor de no causar ni disgusto ni molestias, se sobrepuso la honda quejumbre, el íntimo temor que la acongoja. Todas sus aprensiones temerosas, todos sus pánicos de ultratumba, habían avivado aquella obsesión. Le temía Marta a la claridad de la conciencia que a la hora de su morir le mostraría todo lo que en torno a ella había de echarla de menos, todo lo que sin ella quedaba sin emparo; pero le dolía también, y no lo ocultaba, su propio dolor al tener que abandonar lo que más amaba... Su vitalidad enorme señoreaba agria las flaquezas de su senectud.

Y estremece hoy pensar que esta carta con esa gran herida que toma sangre la tinta, abierta en ella como una flor bermeja, fué la última que escribió a su grande y fiel amiga. (Madrid, 27 de julio de 1907). Por lo menos, la última que se ha conservado en el legajo que, como un tesoro, guarda la señora Renée Molina, cultísima y cubana, que por ambas cosas y por nobleza de su señorío espiritual, comprende lo que para ella, la hija tantas veces nombrada en las cartas a su madre, vale ese epistolario en que alienta y jadea y suspira y "vive" el espíritu preclaro de la gran villaclareña.

1000075



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Tardó aún muchos meses en llegar a la muerte. Pero el estado de espíritu que se transparenta en esa carta, no pudo modificarse, en todo caso, más que para hacerse cada vez más grave, más obsesivo, más dramático.

LA MUERTE

¿De qué enfermedad murió Marta Abreu?

De súbito, un día en París, en la casa de su hermana Rosa Abreu, viuda de Grancher, donde residía, se sintió adolecida de apendicitis. Se dice que provenía de una agravación de sus crónicos padecimientos estomacales. La consulta de los médicos dió como resultado el criterio de una operación urgente.

Fué Marta, en consecuencia, conducida a la Clínica del doctor Routier, por entonces muy famoso cirujano parisién. Con la asistencia del sabio doctor cubano Joaquín Albarrán, profesor auxiliar de la Facultad de París, Routier practicó la apendicectomía. Era el 30 de Diciembre de 1908. Se había iniciado la batalla de Marta contra la Muerte, que fué una breve batalla para una larga agonía.

El último día del año —jueves— la enferma parecía salvada. La operación había tenido favorables secuencias; la reacción era satisfactoria. ¿Sintió Marta en aquellas horas, como volviendo del reino tenebroso, su victoria? Le sonrió el espíritu en el gozo de haber vencido. No la arrancaban de al lado de las personas a quienes amaba y aunque, resignada y cristiana, debió sentir, si pudo darse cuenta, un júbilo muy grande al verse de nuevo en la parte de acá, sin trasponer la frontera de la niebla.

En la madrugada del viernes al sábado, apenas conclusa la primera jornada del año, Marta se agravó. Con el alba nueva ¿le enviaba la muerte su mensaje? ¿Llegó ella a percibirlo, sintió la señal y el llamamiento?

Cayó en un desvarío. Perdió las luces del conocimiento. Se hundió en un sueño de la razón. Septicemia, diagnosticaron los doctores. Marta no volvió en sí. Murió a la una y media de la tarde del día 2 de enero de 1909.

A la madrugada y callandito había llegado la muerte. Callandito y a la tarde se la llevó. Pero Marta se fué sin darse cuenta de que se iba. Dios la había escuchado y estuvo cerca de su lecho. Y con su diestra avezada a crear eternidades, le cerró los ojos. Y Marta los abrió en lo Eterno.

en 25/48